

La colección Un Libro por Centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. En 14 años, de publicaciones ininterrumpidas, hemos alcanzado el número 140 que promociona al poeta colombiano Álvaro Miranda. El presente libro su autor lo comienza, cuando obtuvo una Residencia Literaria patrocinada por el Ministerio de Cultura de Colombia y Conaculta de México.

El objetivo de la colección continúa con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana, latinoamericana y con la inclusión, hasta el momento, de poetas considerados clásicos españoles y franceses.

Este poemario n.º 140 de nuestra colección *El libro blanco de los muertos* estuvo a cargo del mismo poeta, Álvaro Miranda.

*Selección y cuidado de*  
Álvaro Miranda



N.º 140

ÁLVARO MIRANDA

*El libro blanco  
de los muertos*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
DECANATURA CULTURAL

2017

ISBN 978-958-772-

© ÁLVARO MIRANDA, 2017  
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2017  
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia  
Tel. (57 1) 342 0288  
dextensionc@uexternado.edu.co  
www.uexternado.edu.co

*Primera edición*  
Noviembre de 2017

*Imagen de carátula*  
*Las flores de Mamá*, por Enrique Daza,  
acrílico sobre lienzo, 75 x 80, abril 2017

*Diseño de carátula y composición*  
Departamento de Publicaciones

*Impresión y encuadernación*  
Nomos Impresores

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Consulte nuestros poemarios publicados durante 14 años en:  
[www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos](http://www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos)

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao  
Rector

Miguel Méndez Camacho  
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango  
Coordinadora General

ENRIQUE DAZA es un pintor nacido en Bogotá en 1983. El uso del color ha hecho que su obra adquiera una vitalidad que resplandece en cada uno de sus tonos. Sus cuadros figurativos realizados con una precisión intencionadamente milimétrica, son llevados en otras ocasiones a los trazos con perspectiva expresionista. En ellos aparecen con gran visión de actualidad cantantes y poetas que visionaron los sentimientos y calamidades de los nacidos antes de los mediados del siglo XX y que ante guerras y disoluciones sociales, produjeron personajes del rock and roll o voces de aullidos con la generación Beat. Es cuando el pincel de Daza revive en colores vibrantes a Jimi Hendrix, símbolo de Woodstock, a Bob Dylan o a Bob Marley y dentro de un salto a los objetos que atraían por hacer estruendo en Sunset Boulevard, las motos Harley Davidson que son llevadas por Enrique Daza, de igual modo al expresionismo como si se tratara de la vaca amarilla de Franz Marc, pero esta vez en metales concebidos como pincelazos de colores, neumáticos y tanques de gasolina que se intuyen e incursionan de luz en otros momentos creativos, en la poética del color abstracto de Jackson Pollock.

## CONTENIDO

Un día dijo Madre dijo [9], Madre supo por el muerto [10], Cuando estés ante el fogón [11], Una palabra repetida [12], En algún sueño una mujer vive [13], El suspiro que desaparece en un instante [14], Todo esfuerzo es inútil [15], Los visitantes del cementerio [16], Madre reza por las pistolas [17], Muerto rompió en llanto ante las palabras de madre [18], Enciende la luz que se filtra en los cementerios [19], Lejos de los cementerios [20], En la olla de arroz donde las viudas hierven sus sueños [21], No arrincones la luz [22], Dale hijo a los muertos nombres dulces [23], Muertos que huyeron a los caminos [24], Las mujeres del metro impregnadas por los signos del horóscopo [25], Hay muertos que saben de la suciedad de sus pies [26], En el Cementerio General [27], Era el ave de ayer dijo Madre [28], El asesino de las tres de la mañana [29], A la eternidad no entran todos los recuerdos [30], Las mujeres de mi pueblo [31], Nadie pregona que su muerto vivió en la locura [32], De secretos de alcoba [33], Buitres como seminaristas [34], Los amantes de ayer [35], Los muertos se aman [36], Una noche nunca se estrella contra otra noche [37], En la nao de los vientos [38], Levanten las manos los que se despiden [39], Montaremos solo caballos blancos [40], Oh dios dijo madre [41], Hécuba desde la taza del inodoro ha dicho [42], El muerto que arañaba el sarcófago con el aguijón de la ira [43], Decir que nadie sueña

con lemur [44], Llegaron después fossas gatos con ojos al fuego en esmeralda [45], Conviene que los muertos tengan paciencia [46], Cuando la hora triste caza sus zapatos para el viaje [47], Un muerto frente a los ojos de un pez [48], Dánae dará a luz cuando un dios la preñe [49], Un dios reencarnado es precioso [50], Entran al libro alcaravanes [51], Si hay gansos que esperan la resurrección de los muertos [52], Los muertos no gustan de las paradojas [53], Un muerto vive su soledad sobre una brizna de brisa [54], Erik el Rojo aquel ha navegado los mares [55], Hay muertos [56], Ahí estaba aquel locamente muerto [57], Por la puerta de ladrillo del Cementerio [58], Cada vez que voy a los cementerios [59]. La sombra es ónice [60], Si la luz deja de vibrar [61]. A los muertos les importa un comino la luna plena [62], Un muerto no debe ser fotografiado [63], A una muerta joven hay que brindarle una rosa [64], En un buque rodeado de pulpos y centollas [65], Hay que saber distinguir los ruidos verdes [66], Múdese, dijo madre, a un barco habitado [67], Desde el cielo todo cae por azar [68], En un país con masacres [69], Todos los muertos van a la tumba de la común palabra [70], El muerto reencarnado era el carnicero [71], Es posible que nos dejemos abrumar [72], Sobre el carro de la noche [73], El Jardinero del Cementerio [74], El asesino de dios es un hombre de bigotes grandes [75].



Un día Madre dijo:

Un hijo te regalo este muerto.

Era un muerto culto que en medio de la noche gritaba:  
“...Qué dolor me inspira el magnánimo Eneas el cual  
vencido por Aquiles va a descender a los infiernos por  
haber dado crédito a las palabras del Flechador Apolo”.  
-Llévatelo al colegio –prosiguió Madre– siéntalo a tu lado  
entónale tus canciones  
regálale la piel de gato que guardas como tesoro  
préstale tus abedules llenos de vientos  
báilale tu trompo de cedro  
muéstrale el agua que bebemos  
el horno donde se asa el pan al caer los sueños.

Todo iba bien. El muerto izaba bandera  
escribía con tinta china las vocales que saltaban de las  
palabras para bajar del tren que las llevaba sobre las  
líneas dobles del cuaderno.

Un día llegó el aguafiestas del Maestro y dijo:

“Joven: ¿Qué hace usted con ese muerto en el colegio?”  
Madre tomó cartas en el asunto. Recogió el muerto  
lo llevó al cementerio y lo enterró en la tumba al lado  
de los crisantemos.

Madre supo por el muerto  
qué propiedad era de su comadre  
que Hécuba Rodríguez recordaba a Eurípides González  
cuando tajaba cebollas en la cocina. La rutina sí, el diente  
de ajo el ojo del rábano la melena del perejil.  
Madre insistía que muertos tradicionales podían  
regresar de la muerte a la cinco en punto de la tarde.  
Muertos hay que regresan  
a la existencia para espantar el desamor muertos que lavan  
con jabón sobre el aguamanil del baño las malquerencias  
que los vivos les dieron en vida.

Cuando estés ante el fogón cuida que no se corte la leche  
—dijo Madre— a Hécuba la de los dientes torcidos. Eran  
bellos consejos de cocineras que se soasaban en el centro del  
fogón del hogar.

No permitas que las tortillas crezcan sin el calor del fuego.  
Vigila la puerta, no sea que los dioses habituales te asignen  
como maestro a un locutor muerto que repite radionovelas  
frente al micrófono.

Saca al abyecto al que dice buenos días todos los días sin  
mirarte a los ojos. Exhuma a los que a las tres repiten frijoles  
en el plato. Extirpa a los que a las siete te sirven sin murmullos  
de cariño el agua de Jamaica  
no sea que sucesos repetidos te condenen a los mismos sabores  
a idénticas palabras.

Una palabra repetida que está a punto de sangrar sus vocales no debe salir de tu lengua ni entrar a tus oídos. Las palabras son agujas que los hombres lanzan al aire para ver a quien pinchan con su filo en los viajes sin destino. Ante ello –Señor Juez– me dije: ¿Por qué no he de disparar a un muerto que todas las noches llega a nuestra conciencia nocturna para repetir a nuestros oídos la bruma de sus sueños?

**E**n algún sueño una mujer vive sin haber llorado  
—dijo Madre.

Esa mujer que cabalga como lo haría el viento  
sobre la crin de un caballo muerto  
tendrá que enloquecer de santidad  
como lo hacen las monjas vírgenes que oran sin conocer  
a su esposo santo.

En ese sueño los buitres saben de la tristeza de los seres  
solitarios.

No hay nada más triste que una mujer  
que no llora sobre el hombro de su marido ese que  
marchó a la guerra deshecho por el viento.  
Ante ello —Señor Juez— saqué mi revolver y disparé  
contra el muerto de la soledad irredenta.

El suspiro que desaparece en un instante  
Es eterno como el dolor que lo produce –dijo Madre.  
Si una magnolia se estrella contra el cristal del florero  
es porque el espíritu de un muerto se alimenta de ese  
vaho que en la flor se agota.

¿Qué es lo eterno? El humo que se va y no vuelve. ¿Qué  
es lo débil? El ancla que se hunde para que no avance  
el viaje.

Oh dios ¿Cuántos cuerpos podrán esconderse en la  
humareda que abandona la ceniza?

Todo esfuerzo es inútil –dijo Madre–  
Los mendigos sin brazos no podrán orar con la luz  
que atraviesa sus muñones.

De nada sirve hablar hasta el cansancio de la nada:  
La muerte por ser nada no se diluye con el paso del  
tiempo.

Hice un disparo –Señor Juez– y el muerto de la morgue  
murió sin mediar palabra.

Los visitantes del cementerio  
Lempujan el domingo para que pronto se convierta  
en lunes –dijo Madre.

Los mariachis al contrario no mojan sus sombreros en  
la lluvia solo que haya aguaceros en las flores.

La cartilla de la escuela no habla del día de muertos.  
No señala a los que en el sepulcro añoran el ayer de la  
cerveza. Las cartillas solo ensalzan las montañas que se  
escalán con los dedos los ríos donde solo se mojan las  
palabras.

Camuflados por el verde las cartillas hacen silencio de  
lo otro.

La tipografía ignora a la Virgen que idolatran los sicarios.  
Nadie aprende a leer en ellas para que el crimen sea  
perfecto.

Sólo la mujer que muere dentro del sueño pide ser  
abrazada de nuevo por el amor muerto.



Madre reza por las pistolas  
de los sicarios.

Reza por las heridas venideras por la sangre que salta  
de la nariz del moribundo.

“Rezo por ti hijo –dijo Madre– por un joven refrescado  
por la niebla

abrazado a los segundos que pasan.

“Rezo para que atrapes el olor de las esquinas  
donde se esconden los sicarios.

“Rezo para que el cielo sea una ola azul que sube  
para nunca baja al mar.

“Rezo por los ladrones del amanecer  
de la tarde y de la noche.

“Rezo por los dueños de las corporaciones  
por los secretarios de los juzgados que visitan a dios y  
al diablo en los cementerios”.

A ellos disparé Señor Juez y la televisión encendida  
mostró una imagen pornográfica donde dos patos  
hacían el amor sobre una rama de algarrobo.

Muerto rompió en llanto ante las palabras de Madre.  
Algo de ganso algo de trompeta. Lejos de sus compañeros  
se sentó a orillas del mar.

“Estoy muerto” dijo Muerto. Lo sé porque en mi boca florece  
una rosa de los vientos con pétalos y con espinas.

Mi país es un país de papel con sellos de juzgados  
con notarios que cargan caspa y olvido sobre hombros  
y una hipoteca para embargar el cielo.

Mi país es un país con dos mares donde vivos como muertos  
carecen de agua potable o espuma de luz que brote de los  
grifos.

Mi país lleno de aguas y cascadas gusta oír el estruendo que  
produce el orinar de las yeguas al final de los combates.

Mi país es un país muy raro: Las noches padecen de agrieras  
y los muertos que estrenan muerte asustan y luego se van  
para siempre.

**E**nciende la luz que se filtra en los cementerios.  
El Día de Difuntos –dijo Madre–  
rocía de alhucema los pies de los cadáveres.  
Poeta muerto y bandido muerto  
merecen algo más que jabón  
para lavar su conciencia y sus pecados.

Lejos de los cementerios  
Len los campos de batalla los caballos sin jinete  
miran la cara cortada de la luna.

Mi revolver que desconocía el romántico nombre de  
una estrella  
se estremeció –Señor Juez– cuando de la cuenca de los  
ojos del muerto que hablaba con Madre  
salió una bandada de pájaros felices.

En la olla de arroz  
donde las viudas hierven sus sueños  
en los cucharones de peltre  
donde las enlutadas revuelven el llanto de sus tristezas hay  
un recuerdo que redime la resurrección  
un pendular de mecedora que trae con alivio los pasos de  
los muertos.

He visto –decía Madre– mujeres con rosarios de maíz que  
sumaban las impiedades que se tornaban canas en las cabelleras  
de sus muertos.

Y de nuevo las mecedoras crujían con los nombres de las  
cosas olvidadas que habían hecho los hombres de costumbres  
feas.

Las mujeres nostálgicas llevan en su corazón el recuerdo  
de los pantanos prehistóricos. Sufren aun por las libélulas  
de antaño que volaban sobre los cenagales. Un grito del  
ayer les agita el pecho. Escuchan confundidas los cascos de  
caballos que huyen de los muertos que los persiguen. Las  
mujeres que cocinan frente a la olla de arroz con el fuego  
azul de sus fogones, tienen la sensibilidad de una campana  
de cristal y por eso rezan de nuevo su rosario.

Fue entonces cuando disparé mi revólver –Señor Juez– con la  
esperanza de sacar del viento los recuerdos que conmueven  
a las mujeres tristes.

No arrincones la luz –dijo Madre.  
Una luz arrinconada se vuelve fétida sobre la espalda  
de los hombres.  
Cárgala  
alza sus rayos.  
Nadie sabe qué cantidad de ella roban los alacranes  
para llevarla a sus cavernas.

Tenue luz se necesita para iluminar la cama vacía de amor.  
Ilumina sus sábanas  
barre las basuras con escobas de esparto.  
Cualquier sabandija olvidada en la primavera  
puede enroscar ahí su pelaje.

Dale hijo a los muertos nombres dulces  
Desos que se pronuncian con el acento de las grullas.  
Pinta las habitaciones donde cantaron los que se fueron  
no vaya y un espermatozoide oculto se anime a resucitar  
entre las piernas de la muchacha que canta.  
No permitas hijo muertos que invaden los espejos donde  
brillan las cenizas que aún subyacen entre las cobijas  
con las que arropan sus cuerpos.

A ese muerto de la resurrección dispare mi revolver  
–Señor Juez– y aún no cantaba la primavera.

Muertos que huyeron de los caminos  
Muertos que extraviaban las cartas de amor  
Muertos que besaron los labios rojos impresos de rouge  
perfume de una camelia respirada por la tuberculosis  
Muertos de todos los tiempos  
atiendan a este vivo vestido de armaduras cuyo cuerpo  
suena como un gong  
gritaba Luis Rafael el personaje de telenovela de amor  
que veía Madre.

Luis Rafael usaba chaleco antibalas. En él se atrincheraba  
espejismos de muerte. Un plomo impuso su toque de  
gong en los arcos de sus costillas. Sus huesos sonaron  
como una pluma de bronce como esa que los espíritus  
celestes llevan entre sus alas. Era pobre por ser un policía  
de los buenos. Levantaba a los ahorcados que se  
mecían en las orillas de los abismos de los puentes donde  
garzas blancas ponían sus huevos para que nacieran  
polluelos sobre el viento.



Las mujeres del metro impregnadas por los signos del  
Lhoróscopo  
sufrían cuando los ladrones de quincenas las enamoraban  
en los vagones sin guardia. Las asaltaban en las estaciones  
que se abrían a los focos como playas subterráneas. En  
insaciables oraciones que elevaban desde sus senos  
pedían a los muertos de Madre que las protegieran de los  
ladrones.

El perfume regado en las oficinas cruzaba las flechas de  
Cupido en su corazón. Ante el deseo de encontrarse con  
Luis Rafael el policía  
del chaleco antibalas  
las mujeres hablaban con Madre.

Mi pistola –Señor Juez– agujereó a los ladrones y sus  
sicarios muertos que no escatimaban en robar la nómina  
de las secretarías del metro.

Hay muertos que saben de la suciedad de sus pies  
con la que camina su cadáver dijo Madre.  
De nada sirve que cada cadáver cargue un limpión  
adentro de su cajón de muerto. La lluvia ha de acentuar  
las huellas que el fango deja a sus vidas.  
A más barro los muertos agregan barro.

No olvides agregó Madre  
que los dioses han preparado un eterno homenaje  
a los cadáveres de los pies sucios  
a los seres de trabajo en el légamo.

En el andén del metro quedan las huellas de los que se  
sumergen a diario en la oscuridad de los túneles que  
han de llevarlos a estaciones de aires lejanos  
a estaciones donde han de contar las monedas de sus  
salarios.

¿Por qué disparar Señor Juez a un muerto sucio que  
pide al obispo que lave sus pies?

En el Cementerio General  
La primera dama tiene una mirla que canta al  
presidente muerto.  
Mirla con zarza de ardor por sus amores  
llama viva de fuego cruzado en los zarzales.  
Desde aquí el día eterno cae sobre los ojos abiertos  
del presidente muerto.

Era el ave del ayer dijo Madre  
El ave muerta que ocultaba sus secretos.  
Una primera dama puede tener amantes  
recuerdos angustiosos que cruzan a los muertos.  
Si la mujer del presidente resucitara la patria se hundiría  
en su crepúsculo.

Para qué me dije –Señor Juez– dejar un muerto entre  
los vivos. Disparé mi revolver que resonó en el país  
donde aún vuelan los que nunca han visto un buitre que  
parece una calandria.

**A**l asesino de las tres de la mañana  
Anada importa.  
Maligno íncubo que se engendra lejos de la aureola boreal  
dijo Madre.

Ante tal observación el buitre que persigue cadáveres  
dirigió su palabra que oraba en los templos por los  
muertos:

Más valioso que el asesino de las tres de la mañana  
está el presidente muerto  
el que recorre las tumbas del pasado  
donde se fermenta la locura del presente.  
No son Señora los asesinos de las tres de la mañana los  
que hacen huir los rezos tras los ladridos de los perros  
callejeros.

Sepa Señor Juez que sobre la tumba de la patria puse un  
disparo. En palacio pensaron que había matado el pasado  
y el presente de todos los tiempos. Solo acabe con una de  
historia de alcoba no contada.

A la eternidad no entran todos los recuerdos.  
Las recordaciones como las moscas sólo resisten hasta las seis de la tarde y luego mueren en una alcoba con polvo. ¿Por qué no resisten la perpetuidad? La pregunta la hacía un muerto que había jurado amor eterno. Él sabía que lo efímero pisaba sus talones. Ningún comején en la grandeza de su mordedura ha probado su apellido en la celulosa de un libro de historia. Los muertos están hechos de memoria decía Madre y la memoria de patas de lagartijas que se pierden en la hojarasca. Las tumbas también mueren. Sobre ellas las flores de plástico observan el cadáver de los mármoles. El muerto que creía que su importancia era histórica sabía que las rosas naturales las estaban haciendo muy parecidas a las artificiales. Pobres ostras del mar que compiten con las ostras de fábrica made in Japan. Igual pero al revés sucede con los caballos que niegan su pura sangre. Lo saben los jinetes que los han visto nacer del bronce. Tanto caballo como caballero cabalgan fijos sin horadar el viento. Han de saber para la tranquilidad que asume la muerte que nunca llegarán a correr con sus patas de metal en los hipódromos. Los muertos deben descansar, dijo Madre. Sus pasos han de retornar a las paredes de la noche. Encerrados como la hacen las joyas en su cofre han de esperar en silencio la resurrección prometida. Mi revolver –Señor Juez– disparó contra la estrella fugaz que representa a un muerto exaltado por un instante de memoria.

Las mujeres de mi pueblo –dijo Madre–  
nunca escuchan los consejos de los griegos. Sólo  
aceptan los consejos del carnicero Toribio Vargas  
el que habla a nivel de los sabios. Su prédica brilla  
como piedra de diamante donde pule los cuchillos que  
han de cortar las tripas del ganado.

El carnicero merece nuestro reconocimiento: Con el  
alimento que corta permiten que hombres se vuelvan  
carnívoros sabios.

Es bueno que el carnicero pula su alma en el esmeril.  
Un alma sin pulimento es como una gallina con el  
espolón endurecido.

Una réplica de Zeus de Fidias en oro y marfil que Madre  
elevó en altar al gallinero para proteger los huevos de la  
zorra plateada  
que habitaba el Cementerio  
la heredó Toribio Vargas.

Para el carnicero los griegos eran importantes porque  
sabían derramar lágrimas bajo un arbusto de olivo y  
hacían teatro para que los hombres amaran a su madre  
y asesinaran a su padre.

Disparé Señor Juez mi revolver y el muerto de la cultura  
dejó de respirar de nuevo.

Nadie pregona que su muerto vivió en la locura.  
Sólo lo hacen las bestias que arrastran la noche en  
los manicomios.

Los locos que han sido electrocutados  
reconocen cuán largo ha sido su camino.  
Los que han cabalgado sobre pensamientos discordes  
saben cuántas ratas imaginarias introdujo el señor  
Artaud en la boca de su psicólogo.

La locura no se acongoja bajo la lluvia –agregó Madre.  
Se mantiene iluminada bajo un paraguas roto.  
Ustedes son los únicos que pueden atestiguar  
sobre una vida que se alimenta de lo salvaje.



De secretos de alcoba  
Reina sabe que Príncipe Consorte tiene disfasia de  
sueños.

Santo príncipe que levita como San Juan de la Cruz  
en el fuego de la llama.

Bendita Reina –agregó Madre– porque no enloqueció con las  
frases que su marido le lanzaba al rostro.

Bendita la que en prudencia no señaló la chifladura del  
poder.

Perseguía Príncipe Consorte las cofias del servicio real.

Garras del poder sobre las muchachas en flor.

¡Qué bien caminas! Decía Príncipe.

¡Qué solemnes son esos vientecillos de falda!

¡Qué rendija de vuestra alcancía trasera!

Reina sufrió mucho por el comportamiento de Príncipe  
Consorte

el muerto con alas del fuego en las alcobas de Palacio.

A ese muerto –Señor Juez– mi revolver los dejó sin pesadillas  
de Estado.

Buitres como seminaristas  
lavan sus pecados con murmullos. Cuando sueñan bajan  
sus ojos.

A la hora de comer corren entre los álamos como unicornios  
hambrientos.

Los demonios no pudieron maldecir mi revolver. Pero confieso  
–Señor Juez– que para matar al seminarista que llevaba  
adentro necesité sólo de la bendición del espíritu celeste  
que me cargaba entre sus brazos.

Los amantes de ayer  
Los muertos que navegan en el espejo de plata pulida de los daguerrotipos –dijo Madre– renacen de vez en cuando como si fueran la arena que se voltea de tanto en tanto en la clepsidra.  
Luego agregó:  
A la espera de la resurrección de los muertos  
los muertos esperan de dios la bendición del recuerdo eterno.

Los amantes de ayer vuelan al cielo en vapores de mercurio. Son muertos olvidados en los siglos los que quieren sobrevivir del olvido montados sobre un unicornio que ha salido del libro inventado por ellos cabalgar al encuentro de su propia desventura del olvido.

¿Qué pueden hacer los deudos de esos muertos que no aparecerán nunca más en el recuerdo de los vivos?  
¿Qué con esos muertos que se hinchan bajo tierra antes de repetir poemas de amor? Nada. Los mirarán como lo hace Hécuba cuando con su plancha de carbón quema sus prendas más íntimas.

Yo –Señor Juez– he disparado contra muertos viejos que se tomaban de las manos para no perder la memoria del amor eterno.

Los muertos aman.

Los de Alaska son fríos. Los cálidos son hijos de la Tierra del Fuego.

Esto sucedió cuando miraba el río de crecidos poderes. La ausencia de azur me indicaba que sus aguas arrastraban cadáveres de la guerra y árboles de naranja trozados por relámpagos.

Un muerto que flotaba sobre aguas se cruzó con otro desconocido que era silencioso. El sonido en juntura sonó como si dos cocos se golpearan entre sí. Quedaron pegados como par de babosas besadas por la muerte.

Los muertos que se aman tienen lengua para besarse y palabras para odiarse. En los remolinos del río su amor se integra para siempre.

A pesar de ello –Señor Juez– nunca le he disparado a un muerto enamorado.

Una noche nunca se estrella contra otra noche.  
Un día  
es sólo un destello de luz entre las dos puntas de lo oscuro.  
Invisibles como letras en libro cerrado  
los muertos  
en la noche no se ven ni por el ojo de una aguja.

En las naos de los vientos  
Los cementerios navegan sobre el tiempo.  
Adiós dicen sus pañuelos blancos  
Adiós en el dedo de dios a la siniestra.  
Camarote oscuro para sueños de nubes.  
Camas de piedra.  
Ronquido de los muertos cuando duermen.  
La soledad los aqueja en el barco eterno.

Levanten las manos los que se despiden.  
Adiós a los jarrones a los gatos a las espuelas a los zapatos  
a los que se fueron mientras se iban.

¿Dónde el subir a bordo de sus huesos? ¿En qué camarotes  
sus tibias y peronés?  
Cajones de cedro sin capitán hacia los reinos sin puertos.  
No hay desembarque.  
Por estribor los muertos distinguidos.  
Por babor la segunda clase y las gaviotas.

Uníos muertos del mundo. Avancen vivos hacia la muerte.  
Coman. La dieta de muerte sí adelgaza.  
Caminen al silencio. En el reino del silencio  
sus voces hablarán sin decir palabra.  
“Oh diosa del esplendor de la mudez –dijo Madre– cierra por  
un momento tus ojos mientras pasamos esta vergüenza de usar  
mal los cubiertos  
de haber hablado con la boca llena  
mientras alguien saludaba a los secretarios y ministros del  
imperio que habían muerto”.

Usted me entiende –Señor Juez– mi revolver disparó cuando el  
muerto imperial subía al barco para iniciar el viaje.

Montaremos sólo caballos blancos  
yeguas negras y burros grises para saber en qué tumbas  
comunes han enterrado el destino de los hombres.

En otra historia Áyax y Teucro  
cabalgaron entintados para magnificar su historia.  
Gloria a ellos que galoparon a la guerra sobre monturas  
hechas de vocales.  
Acá dioses que visitan mi patria  
hubo generales que arrastraban cangrejos atados a una cuerda.  
Callaré sus nombres  
para no ofender a los cangrejos.  
Canten por Áyax y Teucro mujeres sencillas del chirloirlo  
acompañen la ira funesta que causó infinitos males a los  
aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas. Canten  
damas del corpiño suelto a los héroes que fueron presa de  
perros y pasto de aves.  
La voluntad de Zeus nunca llegó a nuestro reino tropical.  
Grandes empresas como las llevadas por Heracles quedaron  
activadas en el otro mundo donde los dioses amaron a las  
mujeres.  
Gloria a los que remaban el navío para atracar en un país  
donde reinaban los caballos.  
Disparé mi revolver, Señor Juez, porque en cualquier barco  
que se hunde con caballos yeguas y asnos el agua habrá de  
encontrar la memoria de sus batallas.



Oh dios –dijo Madre–  
hay que buscar un escanciador que lave los inodoros  
antes de que la fiesta de los muertos nos depare otra suerte.

Disparé mi revolver –Señor Juez– y que la muerte acompañe  
al que aseaba el cuarto de baño de los muertos que ayer  
ensuciaron sus vidas.

Hécuba desde la taza del inodoro ha dicho:  
En el más allá  
el deseo de los muertos no tiene color  
sólo un vacío sobre la nada derretida.

Por eso –Señor Juez–  
disparé contra el muerto que en fracción de segundos  
lavaba la loza  
mientras su mujer  
la viva en vida con dientes de oro  
hacía por una eternidad el amor con su vecino.

**E**l muerto que arañaba su sarcófago con el aguijón de la ira  
el muerto que nunca salió de la copa marchita de su  
sombra el muerto que se sujetaba al aire astillado del bosque  
el muerto que llevaba el color de la lluvia en la materia gris  
del pensamiento el muerto que caminaba sobre una alfombra  
trenzada con culebras el muerto que pisaba la hojarasca  
incendiada el muerto que se ahogaba en la estela de los barcos  
el muerto que sacaba el oro que quedaba en las pezuñas de  
los cerdos el muerto que nunca respiró para encontrar en su  
caverna más interna los aires de su alma desdichada el muerto  
ese y los otros muertos son los muertos eternos que nos  
acompañan.

A los otros muertos –Señor Juez– les disparé cuando  
desparramaban miles de huesos que ya no sirven de base  
para nuestra existencia.

**D**ecir que nadie sueña como lémur  
es una historia necesaria. Necesario se hace exaltar al  
peludo animal que enganchaba su rabo a las orquídeas de los  
árboles para fabricar imágenes mentales que danzaban.  
Lémur fue el primer poeta antes de que como animal evolucionara  
en hombre.  
Lémur hizo él el primer poema en la primera franja del sueño.  
Lémur atrapaba peces con sus ojos.  
Dormido en las aguas del sueño  
navegaba para escuchar los murmullos de sus palabras  
el silbido de los crótalos que lo envidiaban.  
Antes de que naciera Abraham para garabatear soles y estrellas  
sobre la arena con un palito de guandú  
nadie lo llamaba lémur mono saltarín.  
Lémur era el más bello soñador en el planeta. Olvidados cantos  
de nácar se gestaron en sus mandíbulas omnívoras para imitar  
el dolor y el gozo que sentían los animales.  
En la cuenca del coco habitaba el silencio. Lémur dormía  
con el sabor de la ilusión. En sus párpados cerrados veía los  
picotazos que daban los pájaros.  
Lémur se tornaba mortal. Mono sin rabo para encantar las  
orquídeas  
leñador con hacha de ónix para emparejar el bosque.

Llegaron después fossas gatos de ojos al fuego en esmeralda.  
Para venerar dioses no nacidos las canciones de lémur erectus.

Orines refregados sobre los árboles buscaban al atardecer  
como aroma de orquídeas en el cielo.

El bosque nunca más padeció de insomnio.

Sobre ramas

hombre y gatos esperaban los aires de la aurora para uno  
cantar en palabras y el otro maullar.

Cuando lémur murió

gato fossa lo siguió al más allá sin saber que erectus había  
hecho poesía cuando aprendió a escribir.

Ese disparo, Señor Juez, sonó sin mayor gloria en el hundimiento  
de los siglos.

Conviene que los muertos tengan paciencia. Se debe bendecir a aquel que colocó en sus hombros la capa de un leproso. Conviene que sepan que la curación de los leprosos era un suceso muy aplaudido en el año treinta de la era nuestra.

El recato da la altura al que se va levedad que reciben los cuerpos pesados a la llegada de su resurrección. De Lázaro los leprosos decían que su carne se aclaraba en paz como una estrella fugaz sobre la tierra.

Los muertos que ahora nos visitan –dijo Madre– deben saber quién organizó para médicos y enfermeras, el coro de monjas cuya misión estaba en enterrar a los leprosos del lazareto.

Todo vale para los que en vida rascaron sus costras. Livianos con sus carnes de arena vieron pasar al judío errante el que se deshilachaba frente al cielo más azul que brillaba en la tierra.

Al muerto que ofendió al muerto desarticulado –Señor Juez– le disparé y adiós y adiós se desbarató para siempre.

Cuando la hora triste calza sus zapatos para el viaje  
la voz que grita “al más allá nada se lleva”  
se sorprende porque muertos distinguidos  
llenan sus ataúdes con todo el oro que hallaron  
en el centro de la tierra.

De ellos el bufón ríe y nada lleva. En sus bolsillos solo los  
chistes que se sabe. El aire limpio le dice: “Francisco nada  
llevas solo polvo pero polvo enamorado”.

No habrá diamantes en la caja. Solo espumas para el instante  
en que se disuelve el muerto. Nada de fuego. Palabras  
perdidas en la lengua  
ceniza encanecida  
hilos fantasmas que en el cielo vuelan.

A ellos –Señor Juez– disparé mi revolver para cargar a  
mi haber un muerto que no pusiera en sus entradas las  
riquezas de la tarde.

Un muerto frente a los ojos de un pez  
Es un muerto visionario. Los ojos de los peces navegan sin brújula entre la niebla. Nada ni nadie conoce el naufragio de un muerto que ve a través de los ojos de un pez. Un cardumen en el océano es seguido por cientos de miles de muertos navegantes. La visión es total para algas en cuyo filamento los muertos enredan su último suspiro.

Los peces traídos a casa han llegado con todo ese cardumen de muertos. La cocina está iluminada mientras los peces hierven. Se pide respeto para que el ajo y el tomillo no espanten la dignidad de los difuntos.



Dánae dará a luz cuando un dios la preñe.  
Muerto miró nuestra sorpresa y prosiguió con su  
lección de mitos pornográficos.

-¿Qué historia es esa en la que un polvo de estrellas  
hace crecer el vientre de una mujer transparente?

Dánae con sus piernas recibe a Zeus transfigurado.  
Agradecida muestra su contraria parte.

Sudados en los arcos  
pálidos en piernas y brazos  
se aman en el incendio de los senos de la hembra.

Bendito sea ese dorado reino de los cielos donde las  
libélulas nunca viajan en dirección contraria al amor.  
Bendito sea el zigzag de los pecados donde nadie pudo  
poner una mirada recta.

-Oh corrompido de Zeus de pene celeste que llega a las  
humanas. Pensar que los vivos en su neurosis aman a  
los dioses pero no soportan la babaza de los moluscos.

Mi revolver, Señor Juez, disparó a los muertos morales  
que gozaban con predicar sobre el polvo de estrellas en  
los dedos de Zeus.

Un muerto reencarnado es precioso  
Udijo Madre, obliga a que los hombres imaginen que  
algún día ellos volarán como los hacen las libélulas en  
el paraíso.

Bendito sea en estos casos el hijo que dice parecerse a  
su padre cuando se ve en el espejo. Él no es más que el  
azogue antiguo donde reaparece el rostro del abuelo  
muerto.

Mi revolver sonó duro –Señor Juez– cuando liberé de  
sus espejos a los muertos que nos acompañan desde el  
paraíso.

Entran al libro alcaravanes.  
Se autorretratan ellos en sus páginas. Algunos dicen que son espíritus celestes que no soportan el agua bendita. Detestan las iglesias donde los santos madrugan más que dios.  
Un alcaraván sabe que en un libro cabe más de lo que pienses y escribas.

Dame una cifra de pensamientos tuyos para sumarlos en mi ábaco –dijo Madre– y los llevaré en suma a mi libro para eterna gloria de los lectores.  
Dame por los Santos apóstoles alcaravanes caídos sobre la luz más transparente del mar.  
Dame antílopes que no hayan sido inferiores a la dignidad de las beatas.  
Dame ánimas benditas que sigan limpias después de lavar los pies de los negros náufragos que yacen en la Morgue y los llevaré a mis libros de inmortales.

Si hay gansos que esperan la resurrección de los muertos  
o vacas que anuncian la reencarnación de Buda  
merecen ellos la gloria de los justos y no el frío de las  
carnicerías.

Hay falsos santos que dicen acompañar hasta la muerte a  
las aves a los abismos.

Apósteles que aseveran empujar a los mastines que pastan  
en el fuego amarillo del infierno.

Se ha escrito tanto que hay palabras que espantan a los  
canarios y palabras coyotes que traspasan la tranquilidad de  
las mujeres castas.

En muchos libros habita la experiencia de los hombres que  
saben de los alcaravanes. Testimonio de idiotas dejaron en  
las láminas de libro

zozobra que agita a las gallinas que ponen huevos blancos  
de tinta o vacas de la India que espanta moscas con sus  
colas de papel.

Los muertos no gustan de las paradojas.  
Gustan de la coherencia. Aman la simpleza de la raíz de cúrcuma que pocos encuentran en la cocina. Los muertos no gustan de la poesía porque la poesía es balbuceo de lo inseguro.

Un muerto rechaza la ambarina luz que rellena de amarillo la panza de las abejas.

Un muerto refuta al pan que se endurece con el atardecer que cae en el horizonte de la mesa.

Lo anterior no les gusta a los muertos porque puede en sentimientos volverse poesía.

Para un muerto la mano que lleva una chirimía es una extravagancia. Cierran sus oídos. No escuchan. Silencio es total entre los muertos.

Un muerto vive su soledad sobre una brizna de brisa.  
Un muerto vive su llanto en el círculo del ébano.  
Un muerto se deshace en los aguaceros. Un muerto se  
desgasta gota a gota hasta quedar en cero.

Mi revólver –Señor Juez– disparó para alejar la soledad  
de los muertos que mueren solos  
desbaratados entre los contrasentidos de la vida.

**E**rik el Rojo ha navegado los mares  
donde más ojos azules se han ahogado. Un mar de  
aguas azules tiene su origen en la región norte. En ese  
lugar del mundo florecen los muertos níveos.  
Aguas que se amalgaman de añil y nieve  
aguas que hunden a sus muertos en el más profundo de  
los limbos. Ahí las ánimas ahogadas sin norte prefieren  
los barcos sin destino y sin anclas.

Los muertos trigueños piden piedad para los muertos  
lívidos.

Los muertos immaculados nunca navegan más allá de la  
punta de una aguja por miedo a hundirse en la blancura  
de la nada.

Hay muertos  
que llegan de lo cotidiano

Ahí les llega la luz de la esperanza. No pertenecen a la clase de muertos que repiten: “Sin cuerpo nadie camina. Sin pulmones nadie respira. Sin pensamientos nadie piensa”.

Muertos de la vida cotidiana que no pueden habitar en los cristales de cuarzo.

Alabanza a los muertos cotidianos.

A esos muertos –Señor Juez– les disparé con los ojos puestos adentro de mi corazón.



A hí estaba aquel locamente muerto.  
Aquel que escondía su locura  
en las cabezas de otros.  
¿No era acaso el mismo que Hécuba confundió en la  
lectura porque el carnicero le había envuelto una libra  
de carne con un poema de Holderlin?

Por la puerta de ladrillo del Cementerio  
entran los muertos sin familia.

La otra entrada, la puerta hecha de amaneceres fragantes que se abren con el encuentro de la familia, debe llenarse de flores y abrazos.

En el Día de los Santos Difuntos se sientan en el quicio de la tierra y leen El libro blanco de los muertos. Recitan sus páginas, anhelan todo lo que aligera la noche eterna.

La felicidad de los muertos podría ser como las lágrimas sin agua. Las lágrimas secas no están prohibidas. Nadie debe ahogarse en una lágrima sin agua.

Sólo en los templos sacerdotes y escribas repiten la culpa eterna para provocar el llanto. Repetir día a día la eternidad, es el principio de la muerte.

Los que corean culpas serán consumidos en el fuego del olvido eterno.

Y disparé –Señor Juez– al muerto que se sentía cargado de pecados.

Cada vez que voy a los cementerios  
los muertos me abrazan.  
Me dan un saludo cálido y el tiempo no se detiene.  
Me dan un beso en la mejilla  
y el tiempo no se detiene.  
La ropa blanca que se seca en el borde de todo laberinto,  
no se detiene.  
Un filo de cuchillo sobre el pensamiento no se detiene.

Una pisada en medio de los crisantemos no se detiene.  
Sólo tiene vida el abrazo que nos dan los muertos.  
El abrazo cálido de los muertos nunca se detiene.

Disparé –Señor Juez– al que le gusta detener a los muertos  
en su viaje.

La sombra es ónice  
El muerto ágata y la primavera cuarzo henchido.  
¿Qué luz ilumina los escombros de la vida?  
Piedras que sostienen el renacer bendito de los días.  
Caminamos sobre lo umbroso. Se renueva el azul  
que rodea la tierra en el inicio del infinito oscuro.

En el aire se arma lo duro de la vida. El tiempo se llena  
de días porque no hay cómo evadir su noche eterna.  
A veces vienen sombras de ahorcados donde la pura  
oscuridad perdura titilando.  
A veces el péndulo de una amatista que corona al muerto  
no produce sombra.

Yo disparé –Señor Juez– al muerto que no entendió lo  
invisible que estaba ante sus ojos.

Si la luz deja de vibrar  
Salgo de ella se verá en el árbol –dijo Madre.  
Luego agregó: Cuando la punta del pie de un ahorcado pendula,  
es mejor orar por que no se sabe si la sog a va o el cuerpo viene.

Olas de levedad quieren elevar la vida. Olas de gravedad quieren  
hundir la muerte.

El ahorcado oscila y el péndulo del cuerpo le dice sí o le dice no.  
Puntito del pie sobre la tierra. Puntito del pie sobre los aires.

Se llama Gérard de Nerval el oscilante. ¡Tin va! ¡Tan viene! el  
que pendula. Va y viene como si fuera un incendio de continua  
muerte. Va y viene de la madrugada al ocaso sin transcurrir el  
día.

Una bestia llega al abrevadero y lo contempla. Solo la vaca  
escucha la cuerda de ahorcado que suena con Nerval  
suena eternamente y se enternece.

Yo disparé aquí –Señor Juez– sin saber qué muerto que va y  
viene hacía poesía.

A los muertos les importa un comino la luna plena. Sin embargo –dijo Madre– el plenilunio es la esperanza de quien con la mano extendida señala un charco para que cante un sapo.

¿Para qué la luz? Toda región sagrada tiene la luz que necesita. La renovación del azul no sirve a los difuntos. Para un muerto la luna plena puede ser inútil como lo es un loro ante los pies de dios.

En la mitad de la noche una carnosa piedra de calcio se desnuda.

Piedra que no sostiene nada

que no es base para sostener la eternidad.

La lechuza se detiene sobre ella. Abre sus ojos y los muertos los cierran. La lechuza y la piedra establecen diferencias. El animal es brizna sobre el tiempo. La piedra tiempo sobre el paso de la brizna.

Un muerto no debe ser fotografiado.  
Un muerto no debe perfumarse con esencia de cedro porque el ataúd cerrará su boca. El rostro de la muerte no sabe del tiempo. Hay que tener cuidado. Hay tanto cuervo en el cielo a la espera de los olores corporales.

A una muerta joven hay que brindarle una rosa  
una rosa para que suelte palabras rojas.  
A una muerta hay que darle una taza de leche para que  
diga palabras blancas una crisálida para que deje a las  
momas sin palabras.

Por lo general la joven muerta es muy suspicaz y  
puede llegar a creer que el domador de caballos la está  
enamorando.

Para darle confianza hay que decirle:

Esta luz que llega a sus ojos es de otoño y viene de la  
lámina de cinc de los tejados.

Esta lluvia que se reclina a su costado es de un árbol  
que despreció a una nube.

A una muerta joven se le debe decir cosas como la  
dorada transparencia que cruza sus huesos no la tiene  
los caballos cuando trotan en la pradera.

Después de ello la joven muerta se siente halagada  
porque cierra sus ojos y duerme para siempre.



**E**n un buque rodeado de pulpos y centollas  
su capitán es el muerto.

Muchos hemos navegado en un buque con el capitán  
muerto.

¿Quién no ha navegado con un muerto que escribe en  
su ataúd con la tinta de los calamares?

En este caso como en otros  
las mujeres no deben dejarse atrapar por un marido que  
las congele con lágrimas de frío y las lleve a la muerte.

Hay que saber distinguir los ruidos verdes  
de los ruidos rojos los ruidos anaranjados de los  
ruidos negros.  
Sólo así se sabrá cuando un muerto  
cae de un árbol o cuando es el árbol es el que cae sobre  
un muerto.

Múdese –dijo Madre– a un barco habitado  
por pájaros marinos. Bárralo bien.  
Por babor arroje toda brújula que insista en mostrar el  
norte.  
El destino es “último viaje dirección incierta”.  
Hay muertos que en vida tuvieron por profesión “ningún  
lugar” y gustan acomodarse en el más allá de los viajes sin  
destino.

Desde el cielo todo cae por azar.  
Gota a gota los muertos visitan la lluvia.  
Cada gota hace misericordia con ellos.  
Los muertos al azar son insectos que remiendan sus alas  
bajo lluvia.

Por fuera de ese mundillo no existe otro.  
El del agua de la lluvia que ha sido hervida en el cielo.  
En l azar viven también grandes pájaros que espantan a  
los insectos.

Las moléculas gorgotean al azar.  
El calor humedece las alas de las aves migratorias que  
vuelan al azar.  
Hay tantos mundos sobre las carrileras que un tren a  
velocidad no sabe cuántas catedrales de aire ha reventado  
al azar.

Señor Juez, con mi revolver en alto, disparé al muerto  
que no quiere irse al lugar de su mejor azar.

En un país con masacres  
Es menester dormir con la luz encendida.  
Déjese también sobre la mesa un vaso de agua.  
Quita la sed a las almas que ansían lo eterno.

Muchos cincelarán sobre el agua su epitafio.  
Con palabra al viento levantarán una catedral huracanada.  
Las palabras de agua y viento son más fáciles de manejar  
que las palabras de piedra.

Un picapedrero puede resolver el problema. Si un muerto  
le lanza un rumor al oído sabrán cuantas letras se necesitan  
para escribir un epitafio que le dé dignidad al viaje.

¡Cuánto muerto sin epitafio que está a punto de caer en el  
fango sin nombre sabe que sus palabras están hechas de  
vacíos!

Saqué mi revolver, Señor Juez y disparé para grabar una  
palabra más sobre el muerto que sin haber ido al mar  
conocía del Cementerio marino.

Todos los muertos van a la tumba de la común palabra.  
Huelen a lo que huelen todos  
a salchicha sancochada entre espinacas del huerto  
a cerveza fermentada en bote de repollos.  
He ahí los muertos del romanticismo de todos los tiempos.

Tánatos teje sobre ellos con hilos el paisaje de Eros. Con  
sus hebras se visten naturales. Nada deben al verdugo que  
cobra por el uso de su filuda hacha.

Los románticos dan de comer a los cuervos el corazón de  
la amada.

A ellos –Señor Juez– disparé mi revolver con una rosa  
encarnada.

El muerto reencarnado era el carnicero.  
Amaba a la sordomuda cuando compraba vísceras  
que encendían su corazón enamorado.

El carnicero exorcizaba el espíritu de las vacas sacrificadas.  
Las vacas se lo agradecían.

La sordomuda que representaba el silencio de las mujeres  
lo amaba en su silencio para luego mirar la lluvia que  
caía a sus oídos sordos.

En el amor de los carniceros se templan todas las  
vísceras. Aman pero después del amor entran a la vida y  
arrojan un kilo de bofe y riñones por la borda.

En el amor de los carniceros también se encuentra el  
espejismo. Se ilusionan con las algas maceradas que  
cubren las praderas de los océanos porque el verde  
puede convertirse en la senda por donde huye la mujer  
que los ama.

Es posible que nos dejemos abrumar  
por la ignominia.

Es de vergüenza que un toro pise el rocío que lo besa.

Es de infamia que el toro no entienda la brevedad del  
instante.

Sin embargo el instante se apodera del rocío y lo extermina  
desde las ancas del toro.

Así se da la lucha de los elementos: la gota ha sido atravesada  
por el cuchillo de la luz.

Para mayor afrenta en el reino del más allá los muertos  
colocan grasa en las patas del animal que las lleva al trote.

Luego cierran la lluvia con un anillo de oro  
con un clavo de plata y desaparecen del instante.

Toda vida concluye por mandato de la brevedad. Llegada  
la muerte la luz adentro de la gota de rocío se deshace.

Es posible que bajo la lluvia un toro de cementerio muja  
donde alguna vez reinó una rosa atada a lo eterno.



Sobre el carro de la noche  
Sobre el cielo que cena los rayos del sol  
en los hilos que atraviesan los cuerpos de los vivos  
en las bocas de amor que beben la última luz escurrida  
por la luna  
se escucha la voz de. las mujeres que encienden las lámparas  
de aceite  
la soledad de los ancianos que recogen las palabras tibias  
para calentar sus carnes, la piel de las hormigas que  
reposan sobre el polvo del Buda de Bayiman, los jardines  
de Babilonia que aroman una ausencia silenciosa.

Sobre el carro del día- así llama Madre a su casa cuando  
amanece- reían las mujeres que espantaban al unicornio  
que trotaba  
sobre las transparencias de la arena  
jugaban las niñas que atrapaban el aire verde del mercado  
de verduras de Quetta  
cantaban los soldados de la antigua guerra  
lloraba la adolescente que lavaba la camisa del que palidece  
sin sangre, la ígnea lágrima que embadurnó la luz de los  
relámpagos sobre las planicies de la tierra.

El jardinero del cementerio  
que regaba las flores de cempaxúchitl abría al público  
el telón amarillo del atardecer.

Ante los sepulcros blanqueados que aparecían como  
regalo de los muertos de mármol –Madre dijo:  
Es hora de entrar para hacer negocios con los muertos.  
¿Por qué no vender barata una gallina guisada que en  
vida batió sus alas en plenilunio?

Que lleguen los vendedores de huevos cocidos, que los  
despachadores de pernil asado hagan su agosto, que los  
mercaderes de taco en canasta humeen los granos del  
maíz, que los minoristas de guargüero relleno entonen  
la canción “Feliz día de los Santos Difuntos”.

El jardinero fue el único –Señor Juez– que supo de mí  
revolver. Miraba el horizonte en el momento en que se  
alistaba a comer una pechuga engrasada con la glándula  
pituitaria de la reina del gallinero.

**E**l asesino de dios es un hombre de bigotes grandes  
—dijo Madre—  
que tenía una fábrica de gardenias. Agarraba a dios por el cuello, mientras los perros, oh dios, decía Madre, se zambullían en el río a esperar que pasaran la peste de langostas que habían llegado al mundo.  
Dios miraba a su asesino, mientras los húsares marchaban a la guerra y el corneta dejaba sobre el horizonte una diana que asustaba a los hombres.  
¿Quién puede matar a dios? dijo Madre y de inmediato se fue al cementerio y rezó en la tumba, al lado de los crisantemos, donde dios sonreía con Federico, el asesino de los bigotes grandes.

ÁLVARO MIRANDA nació en Santa Marta, Colombia. Poeta y novelista. Sus primeros poemas aparecieron publicados en *Antología de una generación sin nombre*, Adonais, Madrid 1970, que realizara el crítico español Jaime Ferrán. El mismo año dio a conocer su libro de poemas, *Indiada*, Editorial Episfre de Bogotá. En 1981 la Universidad de Antioquia le otorga el Premio Nacional de poesía y publica el libro ganador *Los escritos de don Sancho Jimeno* (1982). Es Premio de Novela de Colcultura (1992) “Pedro Gómez Valderrama”, por su novela *La risa del cuervo*, que a su vez la revista *Semana* la considera como una de las mejores novelas del último cuarto del siglo XX.

En 1996, con el título *Simulación de un reino* recoge cinco libros de poesía anteriores (*Tropicomáquia*, *Indiada*, *Cuatro de Lebrija*, *Los escritos de don Sancho Jimeno* y *Simulación de un reino*), de Thomas de Quincey Editores.

En su labor de investigación histórica ha dado a conocer *León de Greiff en el país de Bolombolo* (2004), *Jorge Eliécer Gaitán, el fuego de una vida* (2008), *Toto la Momposina memoria del tambor*, *Crónicas para olvidar la historia* y *Colombia la senda dorada del trigo*. En el 2003 fue ganador de la Residencia literatura del Ministerio de Cultura de Colombia y México para que escribiera en este último país, *El libro blanco de los muertos* (poesía). Su novela *Un Cadáver para armar* (2006) es editada por Intermedio Editores. En el 2010 viaja al D.F. como escritor ganador a la Tercera muestra de arte Iberoamericano, programa de residencias Artística para Creadores de Iberoamérica y de Haití en México, lo que le permitió realizar la novela *Muchachas como nubes* sobre la vida del poeta mexicano Gilberto Owen.

El Banco de la República publica *Obra escogida* para su colección “Leer el Caribe” en el 2016.

## COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero

47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioj
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanos. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)

94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festear la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noguera
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda



Editado por  
el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en noviembre de 2017

Se compuso en caracteres  
Sabon de 10,5 puntos  
y se imprimió  
sobre papel bulky de 60 gramos,  
con un tiraje de  
8.000 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*